

De acuerdo con esta conversación salí a la calle y en una peletería perteneciente a unos polacos en Belascoaín, compré un par de zapatos amarillos. Vuelvo a la casa y me acuesto para esperar, ya que seguía sintiéndome mal. A las ocho de la noche recibo la última llamada telefónica de Tasende, señalándome que me reuniera con él en el punto 'L' (casa de Léster Rodríguez, cerca de la Universidad), dirigiéndome inmediatamente al punto indicado, donde con Tasende recogí el último cargamento de armas, dirigiéndome a la estación de ferrocarril, tomando el tren central rumbo a Oriente. Miret, Crespo y Léster se habían ido por otra vía. En la estación de ferrocarril nos reunimos con diecisés compaños más, todos subordinados al compañero Tasende."

Las memorias escritas por Raúl en el presidio de Isla de Pinos permiten conocer su reacción cuando supo en el tren que el objetivo sería atacar el cuartel Moncada, y sus demás impresiones acerca del viaje hasta llegar a Santiago de Cuba. Escribió Raúl: "...Se me paraliza el estómago y desaparece el apetito, yo conocía la magnitud y fortaleza de ese objetivo por haber estudiado en Santiago de Cuba durante varios años. Tasende riéndose me decía: 'come Raulillo, que mañana no vas a tener tiempo', yo seguía tomando solamente pequeños sorbos de cerveza. Ya el tren avanzaba por la provincia de Oriente y después de pasar por Cacocún y un tramo antes de llegar al entronque de Alto Cedro, mirando hacia la izquierda divisé el central Marcaín, un poco más a la derecha de este punto, se veían las faldas de las montañas donde empieza la Sierra de Nipe, allí estaban mis padres, en el mismo lugar donde habían nacido todos sus hijos. Con la vista fija y el pensamiento recordando los años de la niñez por esos puntos, estuve con la cabeza fuera de la ventanilla hasta que ondulaciones del terreno los hicieron desaparecer de mi vista. En Alto Cedro, durante la breve parada del tren, tuve que cubrirme bien la cara con un pañuelo y fingir que dormía para evitar ser visto por algunas de las personas que por allí conozco. Durante el viaje todo lo miraba con esa avidez que despertaba el sentimiento de la última vez. Me agradaba infinitamente volver a ver esos lugares conocidos por mí, y sobre todo, saber que el teatro de los acontecimientos sería Oriente, mi tierra natal. A media tarde llegó el tren a Santiago de Cuba."

Cuatro miembros de la célula de Cayo Hueso, en los alrededores del parque Trillo, también iban en el tren. Raúl de Aguiar, que era su jefe; José de J. Madera Fernández Andrés Valdés Fuentes y Armando Valle López iban por parejas en distintos vagones, de acuerdo con las normas de seguridad establecidas para el viaje por ferrocarril. José de Jesús era estudiante y fue uno de los más jóvenes asaltantes del Moncada; había nacido el 15 de octubre de 1935; tenía 17 años; después del asalto resultó apresado y fue asesinado. Raúl de Aguiar, Andrés Valdés y Armando Valle lograron escapar de Santiago después de la acción; llegarían a la finca de los Castro Ruz, en Birán; Ramón Castro, el hermano mayor les ofrecería refugio y, ante la insistencia de ellos para regresar a La Habana, les dio dinero para la travesía; pero, capturados en Alto Cedro, resultarían asesinados y sus cuerpos, desaparecidos.

La de "los campesinos" de Palos, Vegas y Nueva Paz viajó completa en el tren aunque lo abordaron en distintos lugares. En realidad no todos trabajaban en labores agrícolas. Rolando Guerrero trabajaba en un central azucarero y Guillermo Elizalde era carpintero. Todos los demás sí eran obreros agrícolas; ninguno poseía tierras propias. El único que era dueño de una pequeña finca con sus hermanos no hacía el viaje: Mario Hidalgo Gato. En su finca, en Palos, se habían hecho muchas de las prácticas masivas del movimiento. Días antes de la partida, Mario acompañó a Fidel a una práctica de tiro en Artemisa. Demoró en retornar. Sus hermanos, asustados, se pusieron a indagar públicamente su paradero, lo que llamó la atención de personas ajenas al movimiento. Como precaución ante la posibilidad de que el hecho pudiera repetirse al partir efectivamente para la acción, Mario Hidalgo Gato fue compartmentado. Al momento de salir los demás para Santiago no se le avisó.

Entre los obreros agrícolas de esta célula estaba el que sería el combatiente de mayor edad entre los asaltantes del Moncada, Manuel Rojo Pérez, aquel hombre de campo que al enterarse del golpe dado por Batista la misma mañana del 10 de marzo había contestado a su esposa: "Como mismo subí lo quitaremos". El grupo lo completaban Tomás David Rodríguez, su jefe; Manuel Isla Pérez, el más joven de la célula, que tenía 20 años;

Genaro Hernández y Rubén Gallardo.

Aunque viajó completa, no todos los miembros de esta célula montaron desde la misma estación. Gallardo, Rodríguez y Manuel Isla vinieron en tren desde Palos a La Habana, la mañana del viernes 24. En el apartamento de Abel en 25 y O, donde nunca habían estado, recibieron de Tasende los boletos y las instrucciones para una misión especial: su célula sería responsable de la seguridad de las maletas con armas y uniformes a llevar en ese viaje.

Elizalde, Guerrero, Genaro Hernández y Manuel Rojo tomaron una máquina de alquiler que los condujo desde Vegas hasta San Nicolás. En San Nicolás subieron al tren y se acomodaron en diferentes vagones.

Hombres hechos desde niños a los trabajos más rudos, con un alto sentido de la responsabilidad y el cumplimiento de la palabra comprometida, el grupo "de los campesinos" sintió herida su dignidad por un hecho ocurrido durante la parada del tren en Unión de Reyes, provincia de Matanzas. Rubén Gallardo decidió no continuar el viaje y bajó hacia el andén. Varios años después, al recordar aquel incidente, Genaro Hernández diría: "Se acobardó. Nos dijo, para disculparse, que pensaba en su familia y que le preocupaba lo que sería de ella si lo mataban. En cierto sentido lo comprendo. Pero si todos los compañeros hubieran pensado en su familia, Batista estaría aún ahí."

Francisco González y Mario Chanes iban juntos en uno de los coches de pasajeros. Entre los dos eran responsables de la conducción de otra de las maletas repleta de parque y uniformes. Pertenecían a la célula de la Ceiba y Puentes Grandes que dirigía Chenard, la misma de la que eran miembros Gildo Fleitas y Pedro Marrero.

Varias horas después de partir el tren de la estación terminal de ferrocarriles de La Habana, Chenard, Gildo y Marrero conducían a otros combatientes en tres automóviles que salieron de distintos lugares de la capital. A diferencia de la célula de "los campesinos", esta fue la que marchó más dispersa a Santiago de Cuba.

En el auto guiado por Chenard viajaban cinco miembros de su célula, el joven boxeador aficionado Giraldo Córdova Cardín, los hermanos cocineros del colegio Belén —donde Fidel había estudiado bachillerato— Manuel y Virginio Gómez Reyes; el fotógrafo ayudante de Chenard, Miguel Ángel Oramas y el barbero Eduardo Montano. A excepción de Montano, todos resultarían asesinados después del combate. Miguel Ángel Oramas había cumplido 17 años cinco semanas antes del asalto, el 16 de junio de 1953; sería el más joven de los combatientes; tenía 9 meses menos que José de Jesús Madera, que había llegado a esa misma edad el 15 de octubre de 1952. Dieciocho años tenía Pablo Agüero; 19, Marcos Martí, de Artemisa, Manuel Saíz, de Lawton, y Lázaro Hernández Arroyo. Veinte años, Emilio Hernández Cruz y Antonio Betancourt Flores, de Artemisa, y Manuel Isla. Con esas edades, o no habían podido estudiar casi nada, en unos casos, o habían tenido que abandonarlo para comenzar a trabajar. Ninguno cayó en combate; apresados después de disparar sus últimas balas, fueron asesinados.

Ramón Pez Ferro, entonces estudiante en Artemisa, tenía 18 años de edad. Combatió en el grupo dirigido por Abel desde el hospital "Saturnino Lora". Es el único hombre sobreviviente de los 21 que allí se encontraban.

Pez Ferro hizo el viaje, desde 23 y 18 en el Vedado, en el auto que condujo el estudiante de ingeniería Héctor de Armas, quien recogió a sus compañeros de célula en sus casas: los hermanos Ferrás (Armelio, Alejandro y Antonio), Isidro Peñalver y Humberto Valdés Casañas. No viajó el jefe de la célula, Ángel Pla. Cuando fueron a buscarlo y vieron que estaba padeciendo un fuerte ataque de asma, siguieron sin decirle nada. Los siete tripulantes de esta máquina sobrevivieron." (1)

De las incidencias en la travesía del auto Chevrolet chapa 250-053 que parte desde el parque de la Fraternidad en La Habana, y en el que Juan Manuel Ameijeiras condujo a sus compañeros Gerardo Álvarez, Pablo Cartas, Roberto Mederos, Félix Rivero y Osvaldo Socarras, no se conoce nada. Todos sus tripulantes pelearon junto a Abel en el hospital civil y todos fueron asesinados. Ese auto era el mismo que Juan Manuel trabajaba como chofer de alquiler, y por el que le pagaba una renta diaria a su dueño.

Igual ocurre con el que era propiedad del médico Mario Muñoz, y en el que este viajó acompañado desde Colón, en Matanzas, por Julio Reyes Cairo. Las referencias son testimoniales: una parada en Placetas, Las Villas, donde dejan las dos pistolas que llevaban en casa de unos parentes, toda vez que estaban haciendo registros en la

carretera; y la orden de Fidel a Abel, ya en la medianoche de sábado 25 a domingo 26, para que venga a buscarlo al Cobre y le indique el camino hasta la granjita.

El primero de los autos en salir de La Habana fue el Pontiac 1949 que Montané había adquirido a principio de ese año. Había solicitado 15 días de vacaciones en la fábrica de curitas Bauer and Black, empresa a la que pasó como contador después de su renuncia en la Frigidaire. Según su relato, Fidel le había dicho: "Nadie puede pasar de 60 km por hora." La regla fue especial para Montané, que no manejaba muy bien. Después de un día de agotador ajetreo partió de la casa de Abel, luego de recoger allí cuatro integrantes de la célula de Lawton: el jovencito Manuel Saíz, los hermanos José Wilfredo y Horacio Matheu y su jefe, Gabriel Gil. No pudieron cambiar el cheque que se les había entregado para el viaje y Montané pasó por su casa, en Santos Suárez, donde recogió algún dinero. De esa manera pudieron comer, ya tarde en la noche, en Colón. El cansancio era demasiado y Montané detuvo el carro al llegar a un crucero. Durmió un rato. Al despertar, quiso poner en marcha el auto. Pisó el acelerador. En vano. No funcionaba. Pasó como una hora. Ya temía no poder continuar el viaje. ¿Faltaría a aquella cita de honor? Revisaron la batería, los platinos, el carburador. Gabriel hizo señas ante dos largos haces de luz que se aproximaban. El chofer del camión, sin inmutarse, indagó por la gasolina. Tenía suficiente. Entonces les dijo: "Si han llegado aquí, no hay razón para que no ande. Monten. Voy a empujarlos." Después de algunos centenares de metros el Pontiac ronroneó y su motor echó a andar.

Durante el trayecto, escasas paradas, para tomar algún café, para ir al baño. Siempre sin reconocer a ningún otro compañero de viaje de otras máquinas. Sin hablar por teléfono. Sin bebidas alcohólicas. Al igual que los demás automóviles, el de Montané no llevaba armas, uniformes ni nada que pudiera ocasionar problemas a sus ocupantes en caso de un registro. Pocos kilómetros antes de entrar a la ciudad de Camagüey, a Montané se le cerraron los ojos. El Pontiac cebeció, se salió a la cuneta, volvió hacia la carretera. "Vamos a matarnos", gritó Gil. "Bueno", reaccionó Montané, "vamos a parar". Detuvo el carro hacia un lado, reclinó la cabeza sobre el timón, y enseguida se durmió. Más de 15 horas después de su salida de La Habana llegaban a Santiago estos seis hombres. El sexto que había viajado con ellos era Ernesto González, de la célula de Calabazar.

De la célula de Calabazar saldrían para Santiago 10 hombres en total, pero solamente nueve llegaron. En el pequeño auto Crosley de Florentino Fernández, junto con este partieron de 25 y O, Pedro Trigo, Julio Fernández Alfonso y Juan Villegas. La presencia de Florentino era un pase seguro ante cualquier registro. Fue el único hombre del movimiento que no tendría que cambiarse de ropa en la granjita para marchar al combate. Usaba su uniforme militar y portaba su carné como soldado sanitario del ejército. Cerca de Palma Soriano, el pueblo de Nito Ortega, Aguilera y Teodulio Mitchell, el Crosleymobile se descompuso. No hubo forma de ponerlo en marcha. Después de varias gestiones, lograron ser remolcados por un jeep que los dejó en un garaje de Santiago.

De los 15 que salieron hacia la capital oriental, este sería el único automóvil que no llegó hasta la granjita de Siboney. El cálculo del transporte necesario para ir de la granjita al Moncada había sido hecho con precisión. A esos 15 autos se sumarían los de Abel y Renato, que ya estaban en Santiago de Cuba. En total, 17: suficientes para conducir hasta el Moncada, a ocho por carro, los 135 hombres planificados para participar en la acción. La baja del Crosleymobile forzaría a reubicar cuatro personas más en los restantes carros.

El resto de los miembros de la célula de Calabazar viajaba en un moderno Plymouth negro del año 52, cuya llave entregó Fidel a Oscar Quintela en el apartamento de Abel. Esto confería a Quintela el mando de esa mitad de la célula durante el viaje. (Continuará mañana)

(1) Humberto Valdés Casañas aparece posteriormente entre los fundadores del Movimiento Revolucionario 26 de Julio. Fue apresado y torturado en octubre de 1957 y dejado en libertad tres meses después. Nuevamente detenido en noviembre de 1958, tras participar en el asalto a la 15ta estación de policía, en Miramar, poco después fue encontrado su cadáver con evidentes huellas de torturas y cuatro balazos en el pecho, junto con los cuerpos de otros cinco compañeros en un solar yermo de la calle 60, en Miramar.